

Judas Iscariote: No te conviertas en un traidor

El beso de Judas: la traición más dolorosa

La noche en que Jesús fue entregado por Judas no fue una traición accidental ni un impulso del momento, sino un plan frío, premeditado y meticuloso. Judas se había reunido previamente con los líderes religiosos, había negociado un pago de treinta piezas de plata y había revelado información privada sobre los lugares donde Jesús se reunía y oraba con sus discípulos. El beso se convirtió en la señal acordada para identificar a Jesús entre la multitud, porque muchos de los soldados no conocían su rostro.

La confusión de quien vive engañado

Judas había advertido a los líderes religiosos del poder sobrenatural de Jesús con tanta fuerza que acudieron a arrestarlo armados como si fueran a una batalla. Sin embargo, contradictoriamente, pensó que podría entregarlo con un simple beso. Estas señales opuestas reflejan la confusión interna que produce el engaño. Cuando alguien camina bajo engaño, su percepción se distorsiona, juzga mal, interpreta incorrectamente y ni siquiera comprende sus propias acciones.

El significado del beso en tiempos bíblicos

En la cultura de los evangelios, el beso no era un gesto trivial. Era un símbolo de profundo afecto, compromiso, alianza y pacto. Provenía de la palabra griega *fileó*, que implicaba una relación cercana, como la de un esposo y su esposa, padres e hijos o hermanos en un vínculo íntimo. Era un

saludo reservado únicamente para las relaciones más profundas. Por eso, traicionar a Jesús con un beso fue lo más bajo y doloroso a lo que una persona podía llegar: aparentar amistad, amor y lealtad mientras se clavaba por la espalda la daga de la falsedad.

Judas: amigo cercano pero corazón distante

Judas no era un desconocido para Jesús. Había sido parte del círculo de los doce, había compartido conversaciones, reuniones íntimas y aun así su compromiso era falso. En la misma noche de la traición, Jesús le dio la comunión, reafirmando su pacto también con él. Jesús le extendió amor y misericordia, pero Judas solo fingió compromiso, tomando indignamente el pan y el vino. Su lealtad nunca fue genuina.

La traición oculta y la herida profunda

La traición ocurrió de noche, lejos de la vista pública, porque las obras traicioneras se cometen cuando nadie mira. Quien ha sido traicionado por un amigo, un ser querido o alguien cercano sabe la hondura de esa herida. Cuando una persona decide traicionar, esa conducta revela que nunca fue realmente quien aparentaba ser. Lo que sucede después depende del corazón de quien ha sido herido: si guarda amargura o si permite que Dios sane y transforme el dolor en perdón.

Jesús amó incluso al traidor

Jesús siempre supo quién sería su traidor, pero aun así amó a Judas, lo llamó al discipulado y trabajó cerca de él. Esta lección nos recuerda que Jesús también nos amó aun cuando le hemos fallado, negado o traicionado en algún momento de nuestra vida. Él continúa extendiendo misericordia, así como lo hizo con la mujer adúltera, diciendo “vete y no peques más”. Jesús no rechaza: restaura, perdona y transforma.

Pedro y Judas: la diferencia del arrepentimiento

Pedro también falló y negó a Jesús, pero lloró amargamente y se humilló, recibiendo el perdón y restauración del Señor. Judas, en cambio, reconoció su pecado, pero no se humilló ni pidió perdón. La diferencia entre ambos fue la actitud del corazón después de la caída. Judas se condenó a sí mismo y se quitó la vida; Pedro se aferró a la misericordia y volvió a levantarse.

Cuando nos toca decidir: ¿Pedro o Judas?

Todos, en algún momento, hemos sido infieles al Señor. Pero el Señor nos ofrece la posibilidad de volver, pedir perdón y ser restaurados. La pregunta es: ¿qué actitud tomaremos? ¿la de Pedro o la de Judas? Así como Jesús nos ama y perdona, también nosotros debemos perdonar a quienes nos han herido. Perdonar no es justificar lo que se hizo, sino liberar nuestro corazón del peso y abrir espacio a la sanidad.